

A MODO DE OBERTURA O PRESENTACIÓN

Paisajes para una exposición virtual Landscapes for a virtual exhibition

ROBERTO R. ARAMAYO

Vice-Director de *Isegoría*

JOSÉ FRANCISCO ÁLVAREZ

UNED

Durante una de sus comidas en Donosti, Javier Echeverría y Roberto R. Aramayo (a la sazón Director de *Isegoría* en ese momento) comentaron la idea de rendir un merecido homenaje a Javier Muguerza por su 80 aniversario. Se barajó la idea de hacer una exposición en la Residencia de Estudiantes, pero rápidamente se desechó en aras de recolectar algo así como unos *Cuadros para una exposición... virtual*, remedando la composición de Mussorgsky que inspira la metáfora musical utilizada para rotular los distintos apartados del volumen. En principio la empresa era más ambiciosa, ya que se habló de un texto con enlaces audiovisuales y de cierta complejidad. Finalmente se vio claro que debía ser publicado en la revista *Isegoría*, fundada por Javier Muguerza en 1990 y de la que fue su primer director durante mucho tiempo, imprimiéndole su impronta personal y haciéndole cobrar vida propia. Esta iniciativa se presentó al Consejo de Redacción y fue aceptada con entusiasmo, encomendándose su preparación a Roberto R. Aramayo, quien algún tiempo después propuso a José Francisco Álvarez como coeditor del volumen, haciendo el mismo tándem que dio a luz hace una década el volumen colectivo *Disenso e incertidumbre*. Debe hacerse constar que tanto Concha Roldán (en cuanto Directora del Instituto de Filosofía) como José Francisco Álvarez (afianzando una significativa colaboración por parte de la UNED) han granjeado unas imprescindibles condiciones de posibilidad para la existencia del presente volumen: *Diálogos con Javier Muguerza en su 80. Aniversario. Paisajes para una exposición virtual*.

Ese número extraordinario de *Isegoría* se convirtió finalmente, por diversos avatares, en el volumen que los lectores tienen entre sus manos y que se publica con fecha de julio del mismo año en que que Javier Muguerza celebra su

ochenta cumpleaños y lo hace gracias a las contribuciones de quienes colaboran en el mismo, sumándose como coeditores Francisco Maseda y Concha Roldán. Sabemos que hay muchas otras personas a las que les hubiese gustado participar, pero que no han podido hacerlo por múltiples razones. Como botón de muestra valga citar a Celia Amorós, Txetxu Ausín, Ernesto Garzón Valdés, Miguel Ángel Quintanilla, Carlos Pereda o Fernando Vallespin. A buen seguro no faltarán ocasiones para que puedan cumplir su deseo, pues no estaría nada mal que nos encontremos ante una primera entrega de un homenaje con una participación mucho más cuantiosa.

El volumen arranca con un preludio de Concha Roldán, seguido de algunos testimonios o semblanzas, que hemos denominado “Scherzos biográficos”, en los que se destacan algunas facetas de Javier Muguerza (tal como hacen Roberto R. Aramayo, Jesús Mosterín, Jacobo Muñoz, Toni Domènech, Javier Gomá, Fernando Savater o José Francisco Álvarez), se recrea una época (Jesús Mosterín), se aportan pinceladas sobre cómo se percibe su figura desde México (Elisabetta Di Castro) o son evocados algunos coetáneos egregios, cual serían los casos de José Ferrater Mora (Carlos Nieto), Manuel Sacristán o Emilio Lledó (Ángela Sierra). En esta misma línea se inscribe también el epílogo firmado por Manuel Francisco Pérez López, un trabajo sobre el prematuramente desaparecido Alfredo Deaño, cuyos inéditos fueron publicados por Javier Muguerza bajo el título de *El resto no es silencio*.

Carlos Gómez Sánchez y Enrique Bonete nos brindan sendas panorámicas de la trayectoria intelectual de Javier Muguerza, que hemos aglutinado bajo el rótulo de “Adagios intelectuales”, las cuales vienen a cumplimentarse con el trabajo sobre José Luis L. Aranguren firmado por Antonio García Santesmases, la colaboración de Francisco Vázquez analizando el papel de Muguerza en el ámbito filosófico español y la discusión de Lorenzo Peña sobre la filosofía analítica. Justamente con *La concepción analítica de la filosofía*, reseñada sucintamente por Juan Antonio Rivera, comienza la sección que hemos denominado “Partituras bibliográficas”, donde nos encontraremos asimismo con *La razón sin esperanza* (Juan Carlos Barrasús), *La alternativa del disenso* (Ricardo Gutiérrez Aguilar), *Desde la perplejidad*, evocada por el magnífico trabajo de Julián Sauquillo, y *La aventura de la moralidad*, invocada en su diálogo sobre Kant por Nuria Sanchez Madrid, actual Secretaría de Redacción de *Isegoría*.

No es demasiado ingenioso apuntar que el tema del disenso supone una especie de “bajo continuo” en el pensamiento de Javier Muguerza y por eso se le consagra un apartado independiente, que cuenta con colaboraciones de Victoria Camps, Sonia Arribas y Eusebio Fernández. Esta última contribución entronca con las que le siguen, esas “Melodías iusfilosóficas”, donde nade menos que Elías Díaz, Francisco Laporta y Manuel Atienza dialogan con Javier

Muguerza desde la filosofía del derecho. A continuación los “Acordes y desacordes morales” recogen una serie de trabajos en donde se abordan cuestiones éticas (Adela Cortina y Jesús Conill) en las que a veces irrumpe la metafísica (Juan Manuel Navarro Cerdón) e incluso la ontología (Javier Echeverría), mientras que en otras ocasiones lo hace la esperanza (Manuel Fraijó y León Olivé), sin que falten el cosmopolitismo (Juan Carlos Velasco), el marxismo (José Luis Moreno Pestaña), la metafilosofía (Efraín Lazos) o el feminismo (Amelia Valcárcel).

Aquí se cierran los bloques donde se dialoga directamente con Javier Muguerza, para dar paso a lo que podríamos calificar de conversaciones indirectas y hemos dado en llamar “Variaciones, contrapuntos y fugas”, donde se incluyen trabajos de Manuel Cruz, Reyes Mate, Carlos Thiebaut, José María González, María José Guerra, Alfonso Ruíz Miguel, Thomas Gil, Luis Vega, Juan Carlos García-Bermejo y Pedro Cerezo.

Por último debe consignarse que el retrato de Javier Muguerza se debe a Stella Wittenberg.

La publicación de este homenaje, como ya se ha dicho, se ha visto propiciada por la revista *Isegoría*. No queremos dejar de subrayar el hecho de que este volumen aparezca en abierto, sin ningún tipo de restricción, con arreglo a la política editorial que el Instituto de Filosofía demostró suscribir a priori al digitalizar los primeros diez años de la revista *Isegoría*, favoreciendo así que luego fuese la primera colección completa del CSIC colgada en la red, con arreglo a la Declaración de Berlín sobre el acceso al conocimiento científico. Pues parece algo natural que la investigación realizada con fondos públicos esté disponible al público en abierto. Con ello esperamos seguir haciendo honor a la cabecera que ideara Javier Muguerza y que merced al uso de los argumentos bien razonados en la esfera pública se contribuya a mejorar la calidad de nuestra democracia, partiendo del reconocimiento de las minorías, de sus derechos, del respeto al buen disenso y de la argumentación como mejor método de superar colectivamente todas las incertidumbres que nos causan tanta perplejidad.

Preludio

CONCHA ROLDÁN

Directora del IFS-CSIC

En el mundo académico existe una especie de protocolo, cuando menos consuetudinario, al que inconscientemente nos plegamos a la hora de homenajear a alguien con un escrito. Éste nos dicta que hemos de dedicarle, o bien un trabajo original en nuestro campo, o bien algunas reflexiones biográficas, siendo el punto común de ambas opciones el reconocimiento del magisterio del homenajead¹ en nuestra propia trayectoria intelectual. En la elección de uno u otro camino juega obviamente un papel estelar nuestra relación personal con el celebrado, con quien generalmente se mantienen lazos de amistad, pues la primera fórmula se nos antoja demasiado aséptica y con la segunda tememos llegar a rozar en exceso el ámbito de lo íntimo o, sencillamente, desplazar el protagonismo y terminar hablando de nosotros mismos²... Y también existe una tercera vía, consistente en poner de manifiesto la importancia de esa faceta humana, al hilo de nuestras reflexiones sobre algunos temas, para nosotros representativos en la obra del pensador objeto de nuestro homenaje. Por esta última me hubiera gustado optar, dedicándole a Javier Muguerza un texto que hace tiempo le tengo prometido sobre “El Leibniz de la disidencia”. Pero no me ha acompañado Cronos, y a fuer de emular a mi querido maestro en la dilación para entregar el texto, a punto he estado de no terminar de escribir a tiempo estas líneas en su homenaje, lo que nunca me hubiera perdonado... Instalada,

¹ No olvidemos el origen etimológico del término “homenaje” tal y como lo recoge el Diccionario de la RAE: “Juramento solemne de fidelidad hecho a un rey o señor, y que a veces se hacía también a un igual para obligarse al cumplimiento de cualquier pacto”.

² Esta es sin duda la modalidad que ha contribuido a mermar el valor de los homenajes en las agencias de evaluación.

pues, en la reflexión biográfica, me cuesta decidir qué contar en unas pocas líneas que hagan una mención justa y a la vez ponderada de alguien que ha jugado un papel importante en mi trayectoria, que ha sido y sigue siendo –no sé por qué el “género homenaje” tiene querencia a conjugarse en pasado– uno de los referentes de la misma y que se cuentan con los dedos de una mano.

Por otra parte, es sabido que los editores mismos de un libro homenaje suelen contar con aquellas personas que tengan una vinculación clara en el entramado bio-bibliográfico del protagonista y que “no pueden faltar” (doctorandos, alumnos, colegas de institución, de otras instituciones con las que estuvo vinculado...). Con otras palabras, todos aquellos de los que él se quisiera ver rodeado, por uno u otro motivo, en ese Olimpo³ particular que genera un reconocimiento público como éste. Son muchos los que han querido formar parte de este séquito académico en torno a Javier Muguerza, muchos los que nos sentimos deudores de su magisterio o, simplemente, agradecidos de que nuestro camino se cruzara con este pensador español, iberoamericano, cuya proximidad o trato a nadie dejó indiferente. Entre este enjambre de muguerzianos me siento muy honrada de poder actuar de telonera con estos primeros acordes que preludian estos diálogos con Javier Muguerza en su ochenta aniversario y que tan acertadamente ha titulado Roberto R. Aramayo *Paisajes para una exposición virtual*.

Hace diez años participé en un Homenaje organizado por Roberto R. Aramayo y J. Francisco Álvarez en celebración del paso de Javier Muguerza al estatus de profesor emérito como culminación de su carrera y que llevaba por título *Disenso e incertidumbre*. Allí presenté un trabajo titulado “Nuevas vueltas a la historia. Por una filosofía doblada de ética”, en el que ponía de manifiesto la apuesta por una filosofía práctica en la reflexión histórica, que considero mi mayor herencia de Muguerza, quien tan generosamente prologara mi libro *Entre Casandra y Clío. Una historia de la filosofía de la historia*. En aquel trabajo recordaba a modo de preámbulo mi primera entrevista con Javier Muguerza a finales de 1986, cuando mi estancia predoctoral en Alemania tocaba a su fin y quería pedirle una carta de aceptación para solicitar una beca posdoctoral de reincorporación. Para mi era un sueño que me recibiera este profesor, cuyas conferencias había seguido con admiración años anteriores con algunos otros discípulos de la UCM como Roberto R. Aramayo y Salvador Mas. Fue aquella una conversación afable y fructífera, en la que tras preguntarme por mi experiencia en Alemania, el trabajo realizado y mis planes de futuro, me dejó claro que Leibniz no era santo de su devoción, sobre todo por las secuelas hegelianas de lo que conocemos como racionalismo moderno; ahora bien, que es-

³ Recordemos el cuadro de Rafael sobre “La Escuela de Atenas”.

taba dispuesto a firmarme gustoso esa carta, siempre que no le hiciera decir en ella que “todo lo real es racional”. Según se dice, era aquel un chascarrillo que usaba con fruición por aquella época el que llegaría a ser autor de la “guía para perplejos”, pero yo me sentí entonces llamada a defender a capa y espada al pensador de Leipzig de tamaña acusación, con argumentaciones y disquisiciones varias en torno a sus teorías de la posibilidad, la contingencia y la libertad (el asunto de la libertad de los individuos era uno de los temas preferidos por mi interlocutor), y me pareció una pequeña victoria salir de su despacho con la deseada carta de invitación, que incluía la participación en su proyecto de investigación “La herencia de la Ilustración: fundamentación y límites de la razón práctica”, mientras me prometía a mi misma “tengo que conseguir que cambie de opinión sobre Leibniz”, algo que no sé si habré conseguido a lo largo de estas tres décadas en las que pertinazmente no dejé de ocuparme del pensamiento leibniziano, mostrando sus facetas ético-políticas más desconocidas⁴.

Afortunadamente pude incorporarme al Instituto de Filosofía con una de las diecinueve becas que se habían otorgado para ese fin en toda España –y en todas las áreas- ese año 1987. Quién iba a decirme entonces, cuando me acerqué al Director del Instituto de Filosofía “en funciones” –como le gustaba subrayar, que ahora escribiría estas líneas desempeñado la función de directora del Instituto de Filosofía del CSIC, intentando posibilitar en medio de esta pertinaz crisis la continuidad de una institución que fue creada para desarrollar la filosofía moral y política, y que desde hace una década constituye también un referente de los estudios CTS en nuestro país. Porque un homenaje es también, sin duda, la excusa perfecta para hacer balance sobre nuestra propia trayectoria intelectual y preguntarnos más o menos abiertamente qué hemos hecho con el testigo que nos pasaron los que nos precedieron. Según pasa el tiempo nos hacemos cada vez más conscientes de quiénes fueron aquellos que se han convertido en “necesarios para nosotros”⁵ en el entramado histórico de las contingencias académicas, y Javier Muguerza es, sin duda, junto a un variopinto elenco de maestras/os y colegas⁶, alguien que marca un antes y un después en

⁴ Como pone de manifiesto mi libro *Leibniz. En el mejor de los mundos posibles*. (2015, traducido a varios idiomas).

⁵ Reivindico aquí el sentido existencialista del término, tal y como lo utilizaran Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir en sus escritos.

⁶ Quiero mencionar aquí –por orden alfabético- a Celia Amorós, José Carlos Bermejo, Victoria Camps, Adela Cortina, Manuel Cruz, Javier Echeverría, Manuel Fraijó, Ernesto Garzón Valdés, Albert Heinekamp, Reyes Mate, Javier Muguerza, Ezequiel de Olaso, José Miguel Palacios, Antonio Pérez, Hans Poser, Quintín Racionero, Otto Saame, Jaime de Salas, Heinrich Schepers, Antonio Truylol i Serra y Amelia Valcárcel. Seguro que con alguno de ellos compartiré la pequeña “comunidad de diálogo” de este libro.

mi trayectoria académica e intelectual, pero además alguien que presencié en primera fila durante casi una década mi *via crucis* oposicional, que terminó felizmente en 1997 al conseguir “horadar un hueco en el duro muro de la academia” – como él mismo diría con gracia- y ganar una plaza de titular en el Instituto de Filosofía del CSIC, en la que G. W. Leibniz, punta de lanza de la Ilustración de quien este año celebramos el tricentenario de su muerte, jugó un papel muy importante en la lección magistral que presenté en el salón de actos de Jorge Manrique: “*Theoria cum praxi*: la vuelta a la complejidad”⁷.

Sin más, dejo abierta con esto la puerta a un generoso número de aportaciones en homenaje de uno de nuestros más complejos intelectuales, en el mejor sentido de la palabra.

⁷ Una parte de la misma se publicó en Isegoría 17 (noviembre 1997), pp. 85-106, bajo el título “*Theoria cum praxi*: la vuelta a la complejidad (Apuntes para una filosofía práctica desde el perspectivismo leibniziano)”: <http://isegoria.revistas.csic.es/index.php/isegoria/article/view/200/200>